

## DE LA MAGIA A LAS BIBLIOTECAS

Escribe: ENRIQUE MEDINA FLOREZ

El disfrutar de las modernas instituciones culturales —teatros, bibliotecas, museos— nos hace olvidar con frecuencia lo penoso y largo de su desarrollo al través de la historia. Hojeando los ficheros de las bibliotecas, producto de una técnica minuciosa y de la investigación de incontables apóstoles culturales, perdemos de vista la perspectiva secular en cuya remota lontananza se ocultan los casi míticos promotores de la ciencia del libro.

Este ámbito de los modernos salones de lectura tiene su antecedente primitivo en los toscos muros de las cavernas neolíticas que fueron a la par refugio contra las fieras, lugar de adoración religiosa y muchas veces tumba de sus anónimos moradores. Entre los primeros signos rupestres y los pulidos anaqueles de hogaño, pletóricos de ciencia objetiva y ordenada, media la ansiedad por la sabiduría de cinco mil o más años de evolución humana.

Hoy cualquier manual de historia nos enseña que durante el segundo milenio antes de Cristo se guardaban papiros, tabletas de ladrillo y cortezas de árboles plenos de signos escritos en diversos lugares de la tierra. Los egiptólogos nos dicen que en recónditos lugares de los templos del Nilo se almacenaron papiros hieráticos durante muchos siglos. Pero los signos que en ellos se ven, traducen un saber múltiple que abarca desde las matemáticas hasta la economía política y desde los conjuros mágicos hasta los elementos de la cirugía cerebral. Fácil es suponer el extenso proceso cultural que antecedería a la formación de esas bibliotecas donde se resguardó el saber adquirido por los hierofantes de Egipto.

Los escribas de aquellas culturas, los pocos hombres doctos en el arte incipiente de los signos, cobraron prestigio mágico

entre sus contemporáneos, no sólo por la natural tendencia humana de suponer la existencia de poderes sobrenaturales en quienes se dedican a menesteres poco comunes, sino porque la ciencia de la escritura nació enraizada con la religión y muchos pueblos creyeron que los signos escritos eran revelación directa de los dioses a sus ministros. Así entre los primitivos pueblos nórdicos de Europa se afirmaba que la escritura rúnica les había sido dada por los dioses en signos grabados en troncos de abedul. Entre los chinos persistió la creencia de que el mítico emperador Fu-Hi había encontrado los signos del arcaico alfabeto en el caparazón de una tortuga enviada por los dioses. Y es curioso anotar que las últimas investigaciones de los egiptólogos sobre el origen de los signos hallados en el Sinaí nos evocan la Revelación bíblica referente a las tablas de la ley dadas por Jehová al Gran Legislador hebreo. Es pues muy extendida la creencia entre diversos pueblos de que los signos de las escrituras primarias tienen un origen divino y de que en ellos no hay nada de convencional o artificioso. A la mentalidad de nuestro siglo tales mitos nada le dicen, pero sí puede reflexionarse sobre ellos, pensando que la búsqueda de la Divinidad o la aproximación siquiera al arquetipo de perfección humana, está íntimamente enlazada con las disciplinas de investigación y el proceso de aprendizaje al través de los libros. Dios es el alfa y la omega del misterioso libro humano y quienes leen apartados de esa idea, han perdido la clave última de todo saber.

Entre los griegos no tuvo la escritura carácter mágico, al menos en el período claramente histórico, aunque es posible suponer que Pitágoras, al hablar de los números sagrados, habría bebido en las fuentes místicas de los antiguos santuarios griegos y más tarde robustecido su pensamiento en su fabuloso viaje por Egipto. Así, aunque la cultura helénica es la que primero se liberta del pensar mítico, las huellas de tal forma del ejercicio mental no son inexistentes. Los oráculos romanos y los libros Sibilinos relacionados con ellos, son otra señal de la supervivencia tardía de tales creencias. Trasladando este divagar sobre el origen de la escritura a tierras americanas, nos viene a la memoria el legendario nombre de Bochica, quien enseñó a los chibchas las artes del tejido y los rudimentos de la agricultura. Es preciso anotar que los pocos signos grabados en piedras por estos aborígenes guardan comprobada relación con los dibujos ornamentales de sus mantas. Las figuras romboides y las líneas zigzagueantes de las piedras pintadas de Facatativá,

Ramiriquí, Tunja, etc., así como la estilización de la rana, debieron, según nos cuentan los viejos cronistas y los primeros ordenadores de tales materiales, como Duquesne y Zerda, ser similares a las figuras que decoraban el precario arte textil muiska. Bochica puede ser otro eslabón en esta inquietante cadena de tradiciones afines.

Remontar integralmente los escalones ascendentes por los que el hombre ha salido de las tinieblas míticas hasta el estado actual de sus conocimientos, supondría no un breve ensayo sino un extenso y laborioso escrito, pero seguramente cada uno de esos escalones nos presentaría la huella de la mente-forcejeando por liberarse de sus propios terrores. Aun hoy, es triste comprobar que entre muchas gentes el libro suscita un oculto y mal disimulado pánico: Es la reminiscencia del pavor primitivo ante los inquietantes signos del pensamiento escrito. El hombre ya sabe instintivamente que en estos comprimidos fajos de papel alienta toda la potencia de Prometeo que roba el fuego de los dioses y enseña a los hombres el camino del futuro.